

de la inteligencia, yo no dudaba. Y has venido otra vez á mí y me has dado la incertidumbre y me has hecho beber la duda como un vino. Y he aquí que hoy gusto por ti la ilusión deliciosa de las cosas, y que el alma de los bosques y de los ríos, del cielo y de la tierra y de las formas animadas entra en mi pecho.

»¡Y soy desgraciado, porque te he seguido, Príncipe de los Hombres!»

Y Giovanni contempló á su compañero, hermoso como el día y la noche. Y le dijo:

—Por tu culpa sufro, y te amo. Te amo, porque eres mi miseria y mi orgullo, mi alegría y mi dolor, la magnificencia y la crueldad de las cosas; porque eres el deseo y el pensamiento, y porque me has hecho semejante á ti. Pues tu promesa en el jardín, en el alborar de los días, no era vana y he gustado el fruto de la ciencia ¡oh Satán!

Giovanni prosiguió:

—Sé, veo, siento, quiero, sufro. Y te amo por todo el daño que me has hecho. Te amo, porque me has perdido.

Y reclinándose en la espalda del ángel, el hombre lloró.



A Félix Jeantet.

VIII

EL MISTERIO DE LA SANGRE

La bocca sua non diceva se non Jesù e Caterina, e così dicendo ricevatti el capo nelle mani mie, fermando l'occhio nella Divina Bontà, e dicendo: Io voglio...
(*Le lettere di S. Caterina da Siena.*
VCCVII, Gigli e Burlamacchi.)

La ciudad de Siena era como la enferma que busca inútilmente una buena postura en su lecho, y cree engañar al dolor removiéndose á cada instante. Varias veces había cambiado el gobierno de la república, que pasaba de los cónsules á la asamblea de los burgueses, y que, confiado al principio en los nobles, fué ejercido en seguida por los cambistas, los traperos, los boticarios, los guarnicionistas, los mercaderes de seda, y todos los que cultivaban las artes superiores. Pero habiéndose mostrado estos burgueses débiles y corrompidos, el pueblo los expulsó como á sus predecesores y entregó el poder á los pequeños ar-

fuerza de una sangre joven y de un alma impetuosa: las imágenes de sus voluptuosidades, armas, mujeres, caballos, se presentaban ante sus ojos, y, al mero pensamiento de que ya no los gozaría nunca, fué transportado de tan furiosa desesperación, que golpeó con sus puños y su frente los muros del calabozo y exhaló aullidos tales, que se los oía alrededor, hasta en las casas de los burgueses y en los almacenes de los trapeiros. El alcaide acudió á sus gritos, y le encontró cubierto de sangre y de espuma.

Ser Nicolás Tuldo no cesó de aullar rabioso durante tres días con sus noches.

Se dirigió una solicitud al Monte de los Reformadores. Los miembros de la Serenísima Señoría, habiendo despachado el asunto prestamente, examinaron el caso del infeliz condenado:

León Rancati, ladrillero de oficio, dijo:

—Este hombre debe de pagar con la cabeza su crimen contra la República de Siena; y nadie puede redimirle de esta deuda, sin usurpar los sagrados derechos de la ciudad, nuestra madre. Es preciso que muera. Pero su alma pertenece á Dios que la ha criado, y no conviene que por nuestra culpa muera en la desesperación y en el pecado. Aseguremos, pues, su salud eterna, por todos los medios que estén en nuestra mano.

Matteino Rezano, panadero, que tenía fama de sabio, se levantó y dijo:

—Has hablado bien, León Rancati. Conviene, pues, enviarle á Catalina, la hija del batanero.

Este acuerdo fué aprobado por toda la Señoría, que resolvió invitar á Catalina para que visitase á Nicolás Tuldo en su prisión.

En aquel tiempo Catalina, hija de Giacomo el batanero, perfumaba con sus virtudes á la ciudad de Siena. Habitaba una celda en la casa de su padre y vestía el hábito de las Hermanas de la Penitencia. Bajo su ropa de blanca lana ceñía un cilicio de hierro, y todos los días se flagelaba una hora. Luego decía, mostrando sus brazos llagados: «¡He aquí mis rosas!» En su cuarto cultivaba lirios y violetas, con los que tejía guirnaldas para los altares de la Virgen y de los Santos. Y durante este tiempo cantaba himnos en lengua vulgar alabando á Jesús y á María. En estos tristes años en que la ciudad de Siena era una posada de dolor y una casa de alegría, Catalina visitaba á los presos, y decía á las prostitutas: «¡Hermanas, yo quisiera cubriros con las llagas amorosas del Salvador!» Y una virgen tan pura, inflamada de tal caridad, sólo había podido esclatar y florecer en Siena, que bajo sus máculas y entre sus crímenes, persistía como la ciudad de la Santa Virgen.

Advertida por los magistrados, Catalina se dirigió á la prisión pública, la madrugada del día en que Nicolás Tuldo había de morir. Encontróle tendido en el suelo del calabozo, blasfemando á gran-

des gritos. Una vez allí, levantando el blanco velo que el bienaventurado dominico mismo, descendido del Paraíso, había colocado sobre su frente, mostró al preso un rostro de celestial belleza. Como él la mirase admirado, ella se le acercó para limpiarle la espuma que le cubría la boca.

Ser Nicolás Tuldo, convirtiendo hacia ella sus ojos aún agresivos, le dijo:

—¡Márchate! Te aborrezco, porque eres de Siena, que me mata. ¡Oh, Siena, verdadera loba, que hincas tus viles colmillos en el cuello de un noble hijo de Perusa! ¡Oh, loba! ¡Oh, serpiente inmunda y salvaje!

Catalina le respondió:

—Hermano mío, ¿qué es una ciudad, ni qué son todas las ciudades de la tierra, junto á la ciudad de Dios y de los ángeles? Yo soy Catalina y vengo para convidarte á las nupcias eternas.

La dulzura de su voz y la limpidez de sus ojos difundieron súbitamente la paz y la luz en el alma de Nicolás Tuldo.

Recordó sus días de la inocencia, y lloró como un niño.

El sol, alzado sobre los Apeninos, blanqueaba la prisión con sus primeros rayos. Catalina dijo:

—¡Aquí está el alba! ¡De pie para las nupcias eternas, hermano mío: arriba!

Y ayudándole á levantarse le condujo á la ca-

pillá, donde fra Cattaneo le oyó en confesión.

En seguida, ser Nicolás Tuldo asistió devotamente á la santa misa y recibió el cuerpo de Jesús. Luego se dirigió á Catalina, y le dijo:

—Permanece conmigo, no me abandones, y me sentiré bien, y moriré contento.

Las campanas empezaron á tocar, anunciando la ejecución del reo.

Catalina respondió:

—Dulce hermano, te esperaré en el lugar de la justicia.

Entonces, ser Nicolás Tuldo sonrió y dijo como transportado:

—¡Cómo! ¡La dulzura de mi alma me esperará en el santo lugar de la justicia!

Catalina meditó y rogó, diciendo:

—Dios mío, le habéis enviado un raudal de luz cuando llama santo al lugar del suplicio.

Ser Nicolás continuó:

—Sí, iré fuerte y gozoso. Ya me impaciente como si esperase hace mil años el momento de llegar al sitio donde he de encontraros.

—¡A las nupcias; á las nupcias eternas!—repitió Catalina saliendo de la prisión.

Se ofreció al condenado un poco de pan y de vino; se le dió una capa negra; luego se le condujo al través de calles pedregosas, al son de trompetas, entre los guardas de la ciudad, bajo el gonfalon de la República. Las calles estaban

llenas de curiosos y las mujeres alzaban en brazos á sus pequeñuelos para mostrarles el que iba á morir.

Nicolás Tuldo pensaba entretanto en Catalina, y sus labios, mucho tiempo amargos, se entreabrían dulcemente como para besar la imagen de la santa.

Luego de haber subido durante algún tiempo por una calzada de ladrillo, el cortejo llegó á una eminencia que domina á la ciudad, y el condenado vió súbitamente, con aquellos sus ojos que iban muy luego á apagarse, los tejados, las cúpulas, los campanarios, las torres de Siena, y á lo lejos, las murallas siguiendo la pendiente de las colinas. Ante este espectáculo se acordó de su ciudad natal, de la riente Perusa circundada de jardines, donde las vivas aguas cantan entre las frutas y las flores. Se representó la terraza que domina el valle del Trasimeno, donde la mirada bebe el día con delicia.

Y el sentimiento de la vida desgarró otra vez su corazón.

Suspiró:

—¡Oh, ciudad mía! ¡Oh, casa paterna!

El pensamiento de Catalina volvió luego á su alma, llenándola hasta los bordes de alegría y de paz.

En fin, llegaron á la plaza del mercado, donde cada sábado los campesinos de Camiano y de

Granayola instalan los limones, las uvas, los higos y las manzanas como el oro, y envían á los compradores alegres apelaciones alternadas de sucias frases. Allí se había erigido el patíbulo. Ser Nicolás Tuldo vió á Catalina orando de rodillas, la cabeza en el tajo.

Y ascendió las gradas con impaciente alegría.

Viéndole Catalina, se levantó y volvió hacia él con el aire de la esposa que se reúne al esposo; ella misma quiso descubrirle el cuello, y colocar á su amigo en el tajo, como en un lecho nupcial.

Luego se arrodilló ante él. Cuando por tres veces hubo Tuldo repetido fervorosamente: «¡Jesús, Catalina!», el verdugo dejó caer la espada y la virgen recibió en sus manos la cabeza cercenada. Entonces le pareció que toda la sangre de la víctima se derramaba en ella é infundía en sus venas una oleada dulce como la leche aún cálida; un olor delicioso hizo palpar su nariz; por sus ojos anegados pasaron sombras de ángeles. Atónita y transportada, cayó muellemente en el abismo de las delicias celestes.

Dos mujeres de la orden terciaria de Santo Domingo, que esperaban al pie del cadalso, al verla extendida, sin movimiento, se dieron prisa en levantarla y sostenerla. La santa dijo al volver en sí:

—¡He visto el cielo!

Como una de las mujeres se dispusiese á lavar con una esponja la sangre que cubría el hábito de la virgen, Catalina la contuvo vivamente:

—No—le dijo—, no me quitéis esa sangre; no me robéis mi púrpura y mis perfumes.



A Enrique Lavedan.

IX

LA FIANZA

... Par cest ymage
Te doing en pleige Jhesu-Crist
Qui tout fist, ainsi est escript:
Il te pleige tout ton avoir;
Ne peuz nulz si bon pleige avoir.

*(Miracles de Notre-Dame par person-
nages, pub. por G. Paris y U. Robert.)*

Entre todos los mercaderes de Venecia era Fabio Mutinelli el más serio en sus compromisos. Mostrábase liberal y magnífico en todas ocasiones, y señaladamente donde había damas y gente de iglesia. La elegante probidad de sus costumbres era celebrada en toda la República, y se admiraba en San Zanípolo un altar de oro que había ofrecido á Santa Catalina por el amor de lo bella Catalina Manini, esposa del senador Alesso Cornaro. Como era riquísimo, tenía muchos amigos, á quienes daba fiestas y á quienes obligaba á expensas de su bolsa. Pero sufrió grandes pér-

didadas en la guerra contra los genoveses y en los disturbios de Nápoles. Ocurrió también que treinta barcos suyos fueron capturados por los uscos, ó perecieron en el mar. El papa, á quien había prestado fuertes sumas en plata, se negaba á pagarle. De suerte que el magnífico Fabio quedó despojado en poco tiempo de todas sus riquezas. Habiendo vendido su palacio y su vajilla para pagar lo que debía, se encontró sin nada. Pero, hábil, valeroso, entendido en los negocios, y en la plenitud de la edad, sólo pensaba en rehacer su fortuna. Ideó muchos cálculos, y juzgó que quinientos ducados le eran suficientes para lanzarse al mar y tentar nuevas empresas, de las que se prometía éxitos felices y seguros. Pidió al señor Alesso Bontura, que era el más rico ciudadano de la República, que le prestase los quinientos ducados. Pero el buen señor, estimando que si la audacia procura grandes bienes, sólo la prudencia los conserva, se negó á exponer tan gran suma al peligro de la mar y de la fortuna. Fabio se dirigió en seguida al señor Andrea Morosini, al que tantas veces había prestado en otro tiempo.

—Muy querido Fabio—le respondió Andrea—, á cualquier otro prestaría gustoso esa cantidad. Yo no profeso ninguna estimación á las monedas de oro, y, en este punto, me conformo con las máximas de Horacio el satírico. Pero vuestra amistad me es querida, Fabio Mutinelli, y yo sen-

tiría perderla, prestándoos dinero. Pues frecuentemente ocurre que el comercio del corazón anda mal entre deudor y acreedor. He visto muchos ejemplos.

Cuando hubo dicho estas palabras, el señor Andrea hizo intención de abrazar tiernamente al mercader, y le dió con la puerta en las narices.

Fabio fué al día siguiente en busca de los banqueros lombardos y florentinos. Pero ninguno consintió en prestarle sólo veinte ducados, sin fianza. Todo el día corrió de despacho en despacho. En todas partes se le contestaba:

—Señor Fabio, os reconocemos como el mercader más probo de la ciudad, y no sin sentimiento nos vemos obligados á negar lo que pedís. Pero la buena marcha de los negocios lo exige.

Cuando por la noche volvía tristemente á su casa, la cortesana Zanetta, que se estaba bañando en el canal, se suspendió en la góndola y miró á Fabio amorosamente. Durante la época de su riqueza, la llevó un día á su palacio y la trató con benevolencia, porque era de carácter jovial y gracioso.

—Dulce señor Fabio —le dijo—, conozco vuestra desventura; es la comidilla de toda la ciudad. Escuchadme: no soy rica, pero conservo algunas joyas en el fondo de un cofrecito. Si las aceptáis de vuestra criada, gentil Fabio, creeré que Dios y la Virgen me aman.

Y era cierto que, en los comienzos de su vida y en la primera flor de su belleza, era la Zanetta pobre. Fabio le respondió:

—Graciosa, Zanetta; hay más nobleza en el cuchitril donde habitas, que en todos los palacios de Venecia.

Durante otros tres días visitó Fabio los bancos y fondaks, sin encontrar quien le prestase dinero. Y en todas partes recibía malas respuestas y escuchaba discursos del tenor siguiente:

—Habéis cometido un gran error, vendiendo la vajilla para pagar las deudas. Se presta á un hombre entrampado; no se presta á un hombre desprovisto de muebles y vajilla.

El quinto día llegó en su desesperación hasta la Corte della Galli, que así se llama el Ghetto, barrio de los judíos.

—¿Quién sabe—decía—si no encontraré en un circunciso lo que los cristianos me niegan?

Y se dirigió entre las calles de San Geremia y San Girolamo á un canal estrecho y pestilente, donde cada noche se cerraba la entrada con cadenas, por orden del Senado. Y, en la dificultad de saber á qué usurero se dirigiría primeramente, recordó haber oído hablar de un israelita, llamado Eliazar, hijo de Eliazar Maimónides, al que se creía muy rico y de espíritu maravillosamente sutil. Pues bien; habiéndose informado sobre la casa de este judío Eliazar, detuvo su góndola ante

ella. En la puerta había una imagen del candelabro de siete brazos, que el circunciso había mandado esculpir, como signo de esperanza en los días prometidos, cuando el Templo renaciese de sus cenizas.

El mercader entró en una sala alumbrada con una lámpara de cobre, en la que humeaban las doce mechas. El judío Eliazar estaba sentado ante sus balanzas. Las ventanas de la casa se veían tabicadas, porque era infiel.

Fabio Mutinelli le habló de esta manera:

—Eliazar, muchas veces te he tratado de perro y de pagano renegado. Cuando era joven y me encontraba en la fuga de la edad, hasta he arrojado piedras y barro á la gente que pasaba á lo largo del canal llevando un círculo amarillo cosido á la espalda; de suerte que tal vez haya hecho blanco en alguno de los tuyos, y aun en ti mismo. No te lo digo por afrentarte, sino por lealtad, en el mismo momento que vengo á que me prestes un gran servicio.

El judío elevó rígido su brazo seco y nudoso como un sarmiento.

—Fabio Mutinelli, el Padre que está en el cielo, nos juzgará á uno y á otro. ¿Qué favor vienes á pedirme?

—Préstame quinientos ducados por un año.

—No se presta sin fianza. Sin duda te lo han dicho los tuyos. ¿Cuál es tu fianza?

—Es preciso que sepas, Eliazar, que no me queda ni un dinero, ni una taza de oro, ni un cubilete de plata. Ni siquiera me queda un amigo. Todos se han negado á prestarme el servicio que te demando. Sólo poseo en el mundo mi honor de mercader y mi fe de cristiano. Te ofrezco de fianza á la santa Virgen María y á su divino Hijo.

Al oír esta respuesta, el judío inclinó la cabeza como quien medita y acarició durante algunos momentos su luenga barba blanca. Luego:

—Fabio Mutinelli, llévame ante tus fiadores. Pues conviene que el prestatario vea al fiador que se le ofrece.

—Tienes perfecto derecho—respondió el mercader—. Levántate y sígueme.

Y condujo á Eliazar hasta la iglesia dell'Orto, cerca del sitio llamado Campo de los Moros. Una vez allí le mostró á la Madona que, de pie en un altar, la frente ornada de una corona de pedrería, las espaldas cubiertas con un manto bordado de oro, tenía en sus brazos al Niño Jesús ataviado como su madre, y el mercader dijo al judío:

—He aquí mi fianza.

Eliazar miró sucesivamente y con ojo sutil al mercader cristiano, á la Madona y al Niño, inclinó la cabeza y dijo que aceptaba la fianza. Volvió con Fabio á su casa y le entregó quinientos ducados muy cabales.

—Esto te pertenece por un año. Si al cumplir

el año, día por día, no me has reintegrado en la suma con los intereses fijados por la ley de Venecia y la costumbre lombarda, figúrate tú, Fabio Mutinelli, lo que podré pensar del mercader cristiano y de su fianza.

Sin perder tiempo, compró Fabio algunos barcos y los cargó de sal y de otras varias mercaderías, que vendió con grandes beneficios en las ciudades del Adriático. Luego, con un nuevo cargamento, se dió á la vela hacia Constantinopla, donde adquirió tapices, perfumes, plumas de pavo real, marfil y ébano, que cambió con ayuda de sus representantes establecidos en las costas de Dalmacia por maderas de construcción, que previamente le habían comprado los venecianos. Por este medio decuplicó en seis meses la suma recibida.

Pero cierto día en que se divertía con algunas mujeres griegas, en el Bósforo, se alejó de tierra, y fué sorprendido por piratas que le llevaron cautivo á Egipto. Por fortuna quedaron en salvo su oro y sus mercaderías. Los piratas le vendieron á un señor sarraceno que, habiéndole cargado de hierro los pies, le envió á cultivar el trigo que es muy hermoso en aquel país. Fabio prometió pagar á su amo un fuerte rescate, pero la hija del señor sarraceno que lo amaba y quería inducirlo á lo que ella deseaba, disuadió á su padre de libertarlo á ningún precio. Esperando su salud de

él solo, limó sus hierros con los instrumentos que le entregaban para cultivar los campos, y huyó, ganó el Nilo, se arrojó en una barca. Así pudo llegar al mar que estaba próximo, y fué errante muchos días, y, en el momento de morir de hambre y de sed, fué recogido por un barco español que iba á Génova. Pero, tras ocho días de navegación, el barco fué sorprendido por una tempestad que le arrojó á la costa de Dalmacia. Próximo á abordar, se estrelló en un arrecife. Toda la marinería se ahogó, y Fabio, sostenido por una jaula de gallinas, logró trabajosamente llegar á la costa. Cayó inanimado y fué recogido por una viuda muy hermosa llamada Loreto, cuya casa se encontraba en la orilla. Esta dama ordenó que le transportaran á su morada, le acostó en su propio cuarto, le veló, le prestó solícitos cuidados.

Cuando pudo recobrar el sentido, percibió el perfume de los mirtos y de las rosas, y vió por la ventana un jardín que descendía escalonado hasta el mar. La señora Loreto, de pie en la cabecera, tomó su viola y la pulsó tiernamente.

Agradecido y emocionado, Fabio le besó mil veces las manos. Dióle infinitas gracias y le dijo que estaba menos contento de haber recobrado la vida, que de deberla á tan bella persona.

Se levantó y fué á pasear con ella al jardín, y habiéndose sentado en un bosquecillo de mirtos,

atrajo hacia su pecho á la viudita y le significó su agradecimiento con mil caricias.

Él la encontró sensible á sus mimos, y á su vera pasó algunas horas embelesado. Luego le asaltaron inquietudes, y preguntó á la dama en qué mes y en qué día del mes estaban.

Y cuando ella se lo dijo, comenzó á gemir y lamentarse, pensando que sólo faltaban veinticuatro horas para que expirase el año en que había recibido los quinientos ducados del judío Eliazar. La idea de faltar á su promesa y de exponer su fianza á los dicterios del circunciso, le era intolerable. La señora Loreto le preguntó por la causa de su desesperación, y él se la dijo. Y como ella era muy piadosa y devota de la santa Madre de Dios, se afligió con él. La dificultad no consistía en encontrar los quinientos ducados. En la ciudad vecina residía un banquero que, desde seis meses antes, guardaba una suma parecida á disposición de Fabio. Pero ir desde la costa de Dalmacia hasta Venecia en veinticuatro horas, por una mar agitada y con vientos contrarios, no era para pensado.

—Tengamos primero la suma—dijo Fabio.

Y cuando un criado de la dama se la hubo traído, el noble mercader hizo atracar una barca, colocó los sacos que contenían los ducados y luego fué al oratorio de la señora Loreto en busca de una imagen de la Virgen con el Niño Jesús, que

era de cedro, y muy venerada. La puso en la navicilla, cerca del gobernalle, y le dijo:

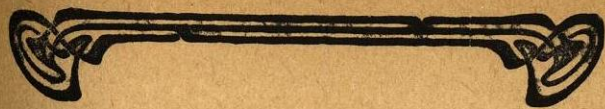
—Señora, sois mi fiadora. Es necesario que el judío Eliazar quede pagado mañana. En ello va mi honor y el vuestro, Señora, juntamente con el de Vuestro Hijo. Lo que un pecador mortal como yo no puede hacer, Vos lo realizaréis de seguro, pura Estrella de la mar, que en vuestro seno nutristeis al que marchaba sobre las aguas. Llevad ese dinero al judío Eliazar, en el Ghetto de Venecia, para que los circuncisos no digan que sois mala fiadora.

Y poniendo la barca á flote se descubrió, y dijo muy quedo:

—¡Adiós, Señora!

Y la barca se hizo á la mar. Durante buen espacio el mercader y la viuda la siguieron con los ojos. La noche descendió: una estela de luz aparecía trazada sobre la mar en calma.

Pues bien; cuando Eliazar abrió su puerta á la siguiente mañana, vió en el estrecho canal del Ghetto una barca cargada de sacos y gobernada por una figurita de madera negra que resplandecía con claridades de alba. La barca se detuvo ante la casa que tenía esculpido el candelabro de los siete brazos. El judío reconoció á la Virgen María y al Niño Jesús, fiadores del mercader cristiano.



A Enrique Gauthier-Villars.

X

HISTORIA DE DOÑA MARÍA DE AVALOS
Y DE DON FABRICIO, DUQUE DE ANDRIA

... Done Marie d'Avalos, l'une des belles princesses du país, mariée avec le prince de Venouse, laquelle s'estant enamourachée du comte d'Andriane, l'un des beaux princes du país aussy, et s'estans tous deux concertez à la jouissance et le mary l'ayant decouverte... les fit tous deux massacrer par gens appostez; si que le lendemain on trouva ces deux belles moitié et créatures exposées et tendues sur le pavé devant la porte de la maison, toutes mortes et froides, à la veue de tous les passants, qui les larmoyent et plaignoyent de leur misérable estat.

(Pierre de Bourdeilles, abbé et seigneur de Branthôme. *Recueil des dames, seconde partie.*)

Hubo grandes fiestas en Nápoles cuando el príncipe de Venosa, rico y poderoso señor, se casó con doña María, de la ilústre casa de Avalos. Doce carrozas, arrastradas por caballos cubiertos de escamas, plumas ó pieles figurando dragones, grifos, leones, linceos, panteras, licornios, paseaban por la ciudad á hombres y mujeres